



dice...

<http://facebook.com/Asociacion.Redes>



“Las organizaciones nunca son inocentes”
(Isabel Álvarez)



Blogger™

<http://asociacionredes1.blogspot.com/>

LA INCLUSIÓN EXCLUSIVA (o viceversa)

Personal técnico de integración social (P.T.I.S.) es el nuevo término acuñado en educación que hace referencia al recurso de apoyo para facilitar la inclusión de nuestros niños y niñas con necesidades educativas especiales en los colegios. Un recurso no sólo necesario sino imprescindible para llevar adelante un proceso educativo pleno. Porque incluir no es sinónimo de estar, es sinónimo de valorar, de poner en relieve, de empoderar, de ayudar y sobre todo sinónimo de dignificar. Dignificar a la persona que necesita ayuda para tener control personal físico, psíquico y emocional, dignificar a las personas que comparten espacio y vida. Y para que esto sea así, para que de verdad exista una educación inclusiva estamos todos necesitados de ayuda, no sólo el alumno/a con n.e.e sino todos y cada uno de los niños/as de un centro escolar, todos y cada uno de los maestros y maestras, todos cuantos queremos una educación sana e integral. El personal de apoyo es tan necesario como el maestro/a. Un grupo de alumnos/as que necesita un personal de integración y no lo tiene, está abandonado a su suerte. Y esto, es lo que está ocurriendo demasiado a menudo en nuestros centros escolares; tenemos a muchos niños/as abandonados a su suerte con la buena voluntad y el trabajo ímprobo de los docentes y en más de una ocasión con el sacrificio de las familias que incluso abandonan sus trabajos para poder atender a las necesidades básicas de higiene o control físico de sus hijos/as en las escuelas. Todo ello, simplemente porque no se dota a los centros del personal de apoyo necesario, bajo la cortina de los presupuestos, las inercias e incluso la ignorancia.



Esta es la realidad de muchos centros y ustedes lo saben. Y después de saber todo esto, pregúntense señores y señoras dirigentes educativos si pueden hablar de éxitos, de inclusión y de dignidad educativa.

Imagínense un aula con 25 niños y niñas, de los cuales 4 presentan n.e.e. , y de ellos 2 supervisión frecuente y 1 ayuda en el control de esfínteres y autonomía personal. Imagínense que a dos de ellos su trastorno de hiperactividad no les permite controlarse, imagínense que otros niños/as quieren realizar un trabajo y no pueden porque hay niños/as moviéndose constantemente a su lado, imagínense a la maestra con un alumno todo el tiempo de la mano para que no esté continuamente “perdido”, imagínense que suelta un momento de la mano a ese alumno y éste aprovecha para defecar en medio de la clase sin previo aviso, y ... no imaginen lo que ocurre después porque si lo hacen les aseguro tendrán alguna que otra pesadilla. Pero por supuesto, la clase, sin P.T.I.S., por lo que se impone llamada a la familia para limpieza y aseo del chiquitín, niños quejándose, niños boquiabiertos y niños asustados. Y esto cada día.

Dignifíquense, dignifiquen a todos los niños y niñas, dignifiquen la figura del docente y a los P.T.I.S



dice...

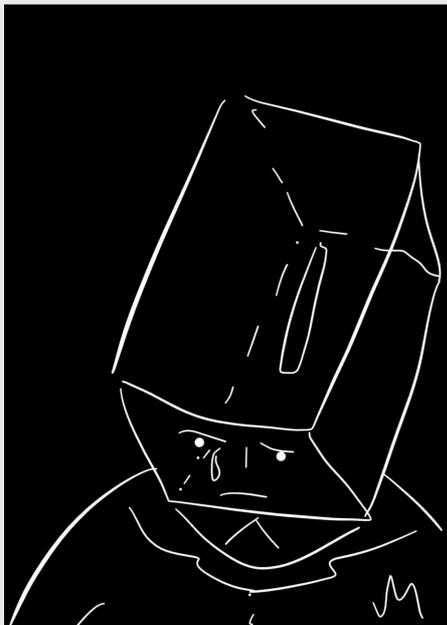
No te pierdas el programa
quincenal de radio: REDES DICE.
Puedes escucharlo en
ondacapital.es



Jueves de 18:00 a 19:00



Que aproveche



LA LUZ DESPIERTA

EL APRENDIZAJE COMO AVENTURA

Observo a mi nieta "jugar al cole". Ella es la maestra, claro: "Hoy sumamos tres"... y teatraliza con sus alumnos -muñecos y peluches- en una muestra rotunda de que el teatro es "El gran juego", el juego de construcción de nuestra identidad en relación con los otros, aunque esos otros sean sólo eso: muñecos y peluches. Y no es que en su cole ya enseñen a sumar con sólo tres años. Es otra cosa...

"Ahora toca poesía... Te toca a ti Oto"... Y coge uno de los peluches y comienza a recitar con su todavía inmadura pronunciación: "Volverán las oscuras golondrinas..." para después continuar con algo ininteligible construido con equilibrios mágicos entre palabras y no-palabras hasta completar el ritmo del verso con un "esas no volverán"... Tampoco es porque la poesía no tenga edad y pueda enseñarse con sólo tres años. Es otra cosa...

Y tiene que ver con la reflexión que me provoca el comprobar una vez más la relevancia en los aprendizajes de aquello que el alumno pone de su parte, y que en el caso de los alumnos más pequeños, lo es siempre todo. ¿Qué ocurre en el alma infantil cuando por casualidad se enfrenta a situaciones que están mucho más allá de lo que le correspondería a su capacidad de comprensión? Pongamos aquella escuela unitaria donde los alumnos más pequeños recibían indirectamente y sin entender nada los contenidos referidos a los alumnos mayores, pero que a su vez esa incompreensión les llevaba a intuir que hay aprendizajes difíciles o imposibles, abriendo así una ventana imprevista hacia sus inquietudes más profundas. O pongamos las actividades conjuntas de los colegios cuando se mezclan niños de diferentes edades y los más pequeños participan de esos aprendizajes desde la nebulosa de la incompreensión y los ojos del asombro. Me gusta pensar que de vez en cuando son los propios niños quienes nos enseñan que también puede haber en el aprendizaje zonas de incompreensión y de misterio que lo impulsen a la aventura. También que la flexibilidad organizativa y de agrupamientos merecería una reflexión y debate no menor, acerca del proceso de enseñanza-aprendizaje y de una visión del niño a veces demasiado encorsetados.



dice...

TIEMPO DE EDUCACIÓN O LA EDUCACIÓN SIN TIEMPO

Para los que elegimos dedicar parte de nuestro ser persona a la docencia, la realización de esa parcela de ser auténtico se materializaba a través de la vocación. Nos sentíamos llamados y comprometidos. Doblemente. Con el conocimiento y con la mejora social. Convencidos de que la educación era la mejor vía, quizá la única, para conseguir un mundo más justo donde todos los humanos pudieran disfrutar de una existencia digna (humanamente hablando), ejercíamos cada día nuestra profesión en estado de gracia. Y creo no exagerar si digo en “estado de gracia”, porque es una suerte inmensa poder realizarse en el trabajo en lugar de consumirse en una actividad que te es ajena, que es de otro y para otro. A pesar de todas las contingencias que la escuela diaria, concreta e imperfecta, nos presentara, disfrutábamos de lo que soñábamos nos hiciera mejores profesionales, mejores ciudadanos, mejores personas.

Qué duda cabe de que esa labor en perpetuo enriquecimiento y corrección requiere de muchas habilidades y de ingentes recursos que nunca han estado a la altura. No pretendo hacer bueno al muerto, cosa que en este país hacemos de maravilla, aunque a sepelios legislativos, en materia de educación, tenemos últimamente costumbre de asistir con poca confianza en el rey puesto. Pero en los últimos tiempos se ha instalado en los claustros vocacionales una sombra de angustia, de nihilismo desgano, macilento, derrotado. Un susurro hecho clamor sordo que hunde los corazones otrora entusiasmados de muchos maestros, profesores, enseñantes...qué se yo.

“Estamos perdiendo el tiempo”. Les cuesta, nos cuesta verbalizarlo porque el verbo nos hace sentir el eco de lo que ya se instaló muy adentro. Donde la ilusión, que casi ya no habita. Donde el interés por enseñar, que fue aplastado, poco a poco, como quien no quiere la cosa, por objetivos, resultados, criterios, estándares, gráficas comparativas entre centros de la zona, de la comunidad, del país, del mundo...que nos interesa.

Perdemos el tiempo irremediamente, cada día, en una sangría continua, aunque luchemos denodadamente, resistiéndonos a un sistema con el que no nos identificamos. Que nos hace sentir como bomberos vestidos de chotis, asfixiados por una tela que no nos deja movernos ni respirar; que lejos de permitir un proceso de enseñanza-aprendizaje adecuado a los tiempos y a los alumnos rinde culto a la productividad, los resultados estándar, la tecnocracia y los vaivenes políticos.

Estamos perdiendo el tiempo. Tiempo de silencio, de reflexión en el aula. Tiempo de diálogo sosegado. Tiempo para el cuestionamiento y la búsqueda personal. Tiempo fuera de tablets que no miran a los alumnos a los ojos, no los entienden y no saben por qué caminos, por qué vericuetos se encuentra cada uno mejor a sí mismo y a la alteridad. Tiempo de humanidad, de Humanismo, de Humanidades. De emoción. De pensamiento. De imaginación.

Tiempo de salirse de los estrictos y fríos márgenes de los decimales criterios para enseñar, acompañar, aprender en la corriente vibrante que es la vida, cada vida que forma parte, de manera única, del cuerpo social. Y el tiempo perdido se lleva con él la existencia, la posibilidad de ser lo que uno eligió ser, y con ella se va la educación, calladita, sometida, sin cuestionamientos ni remedio.

Los que elegimos dedicar parte de nuestro ser persona a la docencia solo pedimos tiempo. Tiempo para un “solo sé que no sé nada”, para buscar la cordura que devuelva a las aulas, como diría Ortega, “El tema de nuestro tiempo”.